CONFESIONES DE UN JOVEN MONJE

COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

OLIVETO GÉRARDIN

PPC

Diseño: Estudio SM

Título original: *Confession d'un jeune moine*
Traducción de María Jesús García González

© 2018, Bayard Éditions
© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3483-4
Depósito legal: M 36375-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

A los que me han amado,
mucho o un poco siquiera;

a aquellos a quienes he amado,
desde la cercanía o desde la distancia;

a aquellos que he bendecido,
a aquellos que me han bendecido;

porque el amor moldea,
porque repara.

PREÁMBULO

Me llamo hermano Oliveto. Tengo 38 años. Es una edad aún joven, pero se me pasará muy deprisa. Me crie en Francia a finales del siglo XX. Un siglo terrible, ensangrentado por el desencadenamiento de todo tipo de ciegas pasiones humanas, a grande o pequeña escala. Pero un siglo fascinante por los formidables cambios de los que ha sido escenario. Un siglo desconcertante, también, por las brechas que se han abierto en todos los lugares del planeta entre la cultura y el caos, entre la paz y las violencias, entre las riquezas y las pobrezas, entre la solidaridad de las masas y la indiferencia del vecino más cercano, entre la búsqueda desmedida del crecimiento individual y los vértigos de las ideologías sociales, entre el progreso en el conocimiento del hombre y los crímenes contra la humanidad, entre la exaltación de la materia y de la técnica y la aparente pérdida de sentido, de atracción por el más allá de la dimensión humana. Sin embargo, a pesar de todas sus sombras, a pesar de todas sus contradicciones, amo el siglo en que nací. Lo amo porque, en medio de las tinieblas que han cubierto la tierra sin excluir a nadie, ha habido unos rayos luminosos muy puros. He contemplado de lejos algunos muy grandes, ahora anclados ya en la historia universal. Pero también ha habido muchos pequeños. A veces brotaban de las sonrisas regaladas. A veces brillaban en las lágrimas vertidas. A veces

rezumaban en las miradas compartidas. Todos esos rostros, con los que me he cruzado en la oscuridad, pero iluminados por la luz del amor, me han moldeado. Han sido dones de luz, y es esta luz la que me gustaría, a su vez, reflejar en estas páginas.

En el primer albor del siglo XXI, que fue también el albor de mi vida adulta, me hice monje. Era el 26 de diciembre del año 2000, hace quince años. Escogí una forma de vida que existía ya antes de la era cristiana y que ha perdurado a lo largo de los siglos, de los lugares, de las culturas, de las religiones. Su sabiduría afecta a lo universal, sencillamente porque es humana, profundamente humana. Evita los excesos, busca el equilibrio, aspira a la unidad, huye de la dispersión. Soy un monje cristiano, católico, occidental. Sin embargo, esta forma de vivir que he elegido no me impide vincularme a muchos otros hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares. Es más, quizá esté más cerca de ellos que de muchos de mis contemporáneos, que ven en mi ideal la reliquia de un pasado lejano, una invención del pretendido «oscurantismo» medieval o una singularidad que no existía más que en las tradiciones orientales. Quizá también, en cierto sentido, esté más cerca de esos monjes de otras religiones que de algunos cristianos que apenas captan nuestro estilo de vida. Ensalzado o rechazado, el monacato suele comprenderse poco o mal. Quizá sea una vida demasiado simple. Por eso me propongo llevarte a la búsqueda de esa simplicidad. La visita comenzará por los aspectos más exteriores, los lugares físicos, que dicen mucho más de lo que habitualmente se cree. Luego descubriremos la expe-

riencia de la vida en comunidad y sus dinámicas esenciales. Por último, nos adentraremos en el corazón del monje, en la intimidad de quien vive frente a sí mismo y frente a Dios.

Esta visita es el fruto de mi experiencia. Cuando era adolescente, conocí a algunos monjes. Me sentí cautivado y, finalmente, reconocí que aquel grupo humano era el que me faltaba para cumplir mi peregrinación en esta vida, para buscar la paz que deseaba. Entré en «mi» sitio en cuanto pude, un lugar que me parecía adecuado para excavar un pozo, para extraer agua de una fuente que pudiera dar sentido a mi vida y me permitiera regar mi sedienta tierra. Porque yo estaba sediento. Tenía sed de lo espiritual. En esto yo era un hombre de mi tiempo, un hombre de este siglo XXI que un profeta dijo que sería «espiritual». Desde hace quince años excavo un pequeño pozo, en la escuela de mis hermanos, en la escuela de todos los que nos han precedido y de todos los que nos acompañan en la vida monástica, con todos ellos. Mi obra no está muy avanzada, pero me gustaría mucho dejar que os asomarais desde el brocal para mirar y para ver más allá de lo que se ve desde el exterior. Puede que veáis también un poco de luz brillante en el agua que empieza a brotar.

Mi vida hasta el presente ha sido bastante llana, al menos exteriormente. No ha tenido esas coloridas trayectorias que pueden verse en otros lugares. Solo pretendo ser un hombre mejor, laboriosamente, tratando de vivir lo mejor posible el mensaje de Jesucristo. Es un trabajo real. Muchos, al verme, podrán tener la misma reacción que aquella joven con la que me encontré cuando tenía 17 años. Mi «mentalidad de

niño de catequesis» fue para ella razón suficiente para no interesarse en hablar conmigo. Es un poco humillante oír decir eso a esta edad, pero tenía razón. No solo mi rostro, sino también mi vida entera eran, en efecto, las de un «niño de catequesis», y ella tenía derecho a no cuestionarse la idea que se había hecho de ella. Era una chica de su tiempo, no se la podía culpar, sino más bien reprender. Ser católico no era una imagen muy prometedora entre los jóvenes de mi entorno. Y, sin embargo, siempre he lamentado ese diálogo imposible, esa relación que no supe establecer. Esa es la razón de que escriba hoy. Escribo para poder establecer un diálogo respetuoso. Al proponer una visita a mi vida de monje, me gustaría invitar a considerar una forma de ver la vida firmemente contracultural en nuestro Occidente del siglo XXI. Probablemente no se corresponda con lo que aquella joven equivocadamente imaginaba, y estoy seguro de que podrá interesar a cualquiera que esté buscando sabiduría, humanidad.

Lo que me ha llevado al claustro no es, en absoluto, la nostalgia del pasado. Además, militar en una contracultura es bastante posmoderno. A los 23 años me alejé de mi familia natural y de mis amigos para irme a un lugar alejado y entrar a formar parte de una familia de otro tipo, una familia espiritual. Como buen cristiano, reconozco que ese deseo provenía de Dios. Pero eso no quitaba que el paso decisivo que iba a dar fuera un salto al vacío. Se trataba de ir a contracorriente de la mayor parte de los valores de moda de nuestra sociedad para escoger una forma de vida más o menos desconocida. Muy pocas personas de mi entorno cono-

cían la vida monástica. Crecí en un entorno –cristiano– donde los religiosos eran escasos. Y, en el fondo, todo me llevaba a abrazar prudentemente la vida más conformista de un empleo seguro, un buen matrimonio y la fundación de una familia feliz, similar a la que yo había conocido y amado. Pero mi camino fue otro. No me arrepiento de nada. En el monasterio encontré una comunidad humana particular, pero sencilla en el fondo, y poco a poco fui encontrando mi sitio entre esos hombres, mis «hermanos», que lo son verdaderamente, aunque la sangre que corre por nuestras venas no proceda de la misma fuente. Nuestra fuente común está en otro lugar, en el fondo del pozo que excavamos juntos. Juntos estamos al servicio de la historia, transmitimos la vida recibida, cumplimos nuestra vocación de hombres practicando el Evangelio.

Este libro tiene una parte autobiográfica, pero mi objetivo no es hablar de mí mismo. No me considero mejor ni más interesante que ningún otro, y no creo tampoco que mi vida sea atrayente en sí misma. Dejo que cada lector juzgue el grado de interés que los aspectos personales de estas líneas tienen para él, y no me sorprenderé si hay quienes no encuentren ninguno. Si me refiero a mi experiencia de vida, que en general es bastante breve, es porque no tengo gran cosa que ofrecer más que a mí mismo y mi propio punto de vista de la existencia. No hay nada que conozca más, o que desconozca menos. Y, sin embargo, me parece que toda experiencia personal, por pobre que sea, tiene algo de valor para quienes quieren abrir no solo sus ojos, sino también sus corazones, con el fin de discernir lo invisible. Esto se

convierte, en efecto, en una manera de abrirse a otra cosa, al misterio de la persona y al misterio de la vida en general.

Para mí, el sentido de la vida está vinculado a Dios. Hay quien dijo que está muerto, y otros lo creyeron, y la mayor parte de la gente apenas piensa en él. No voy a tratar de convencer ni de dar siquiera una explicación. No voy a proponer grandes razonamientos filosóficos ni teológicos, ni voy a servirme de palabras complicadas. A través de esta visita a la vida monástica, y más allá de los datos autobiográficos que ofrezco al lector, me gustaría tan solo presentar una determinada manera de ser en relación con el mundo, de vivir. De modo que, para mí, todo lo que conforma la vida humana encuentra solo en Dios un sentido y una unidad. Me he sentido fascinado y seducido por él. Por eso intento darle el lugar que le corresponde: es el cimiento sobre el que he elegido edificar mi vida, el punto de referencia en torno al cual deseo que se desarrolle, con el fin de recibir de él su verdadera armonía. No es una solución rápida ni una búsqueda de lo difícil. Tal como mostrarán, espero, estas páginas, poner a Dios en primer lugar no es huir de las exigencias de esta vida, esas exigencias que se imponen a todo hombre y a toda mujer. Es una manera de afrontarlas. No se trata de una postura filosófica solamente teórica, de un idealismo desvinculado de la realidad. Al contrario, para mí es la aceptación de la realidad de una relación con alguien a quien creo y constato invisiblemente presente y operante en mi vida. Esta relación se traduce en un compromiso existencial completo que requiere hacer muchas deliberaciones en todo aquello que tiene de concreto y práctico, comen-

zando por la organización de los lugares donde estamos y el tiempo que pasamos con los demás.

Poner a Dios en primer lugar es también renunciar a reservar ese lugar para uno mismo. Me gustaría que este fuera también el caso de estas páginas, en las que entrego un poco de mi propia experiencia. Partiendo de un punto de vista decididamente subjetivo, me he esforzado por hablar con honestidad, sin que esto dañe, sin embargo, a la objetividad con la que me gustaría presentarlo. Pero soy consciente de que no siempre lo he conseguido. Que el lector me perdone de antemano las repetidas veces que he hablado más de mí mismo que de mi tema principal, haciéndome más o menos opaco a la luz que se refleja en el agua de mi pozo. La razón de esta dificultad estriba en la naturaleza de mi proyecto. Ofrecer una visión de la vida partiendo de una experiencia personal y tratar de escribir con precisión requiere un trabajo sobre uno mismo. Diría también que el acto de entregarse a la escritura, como toda transmisión de vida, es una labor sobre uno mismo. Implica releer su historia, confrontarla con un ideal, ajustar sus ideas, gestionar sus sentimientos, asumir sus emociones y, finalmente, medir sus acciones y sopesar sus palabras para que sean auténticas, para que sean verdaderas, para que transmitan un mensaje único. Pero eso no es siempre fácil. Ocurrirá lo mismo con la recepción de este don por parte del lector: le exigirá un trabajo idéntico si quiere no solo entrever la luz que se refleja en el fondo del pozo, sino también sacar un poco de agua viva para saciar con ella su sed. Los comienzos de la lectura serán sencillos, porque la primera parte tiene como misión

esencial presentar un escenario exterior y abrir boca para lo que sigue. Pero, al ir avanzando en la visita, iré acompañando más profundamente al lector al corazón de la experiencia monástica. Que pueda así dejarse llevar hasta sí mismo, a sus propias emociones, opciones, ideales, a su propia historia, confrontándolas con mi experiencia particular, con el fin de que él también participe de esta corriente de vida. Y así, leyendo de forma activa, crecerá en humanidad, tal como yo he crecido también al escribir.

ÍNDICE

Preámbulo 7

I. Los lugares

Introducción. Retirados 17
1. La iglesia del monasterio 23
2. La portería 29
3. La hospedería 35
4. La sacristía 41
5. El refectorio y la cocina 47
6. El claustro 53
7. La sala capitular 59
8. El noviciado y la enfermería 63
9. Los talleres 69
10. La sala común 75
11. La biblioteca 81
12. La celda 87

II. Una comunidad

Introducción. Todos y juntos 95
1. La fraternidad 101
2. El canto 107
3. El tiempo 113

4. El silencio 119
5. El diálogo 125
6. La obediencia 133
7. El abad 141
8. Las tensiones 149
9. El servicio 155
10. El recreo 161
11. El recogimiento 167
12. La fecundidad 173

III. El monje

Introducción. Llegar a ser uno mismo 181
1. Historia 187
2. Cuerpo 193
3. La sexualidad 199
4. Interioridad 207
5. Conocimiento de sí 213
6. Conversión 221
7. Humildad 229
8. Relación 237
9. Dependencia 243
10. Estabilidad 251
11. Búsqueda 257
12. Engendramiento 263

IV. Dios

Introducción. Delante de Dios 271
1. Presente 277
2. Bueno 283
3. Sabio 289
4. Silencioso 295
5. Íntimo 301
6. Celoso 307
7. Tierno 313
8. Desconcertante 319
9. Paciente 325
10. Misterioso 331
11. Sencillo 337
12. Luz 343

Epílogo 349